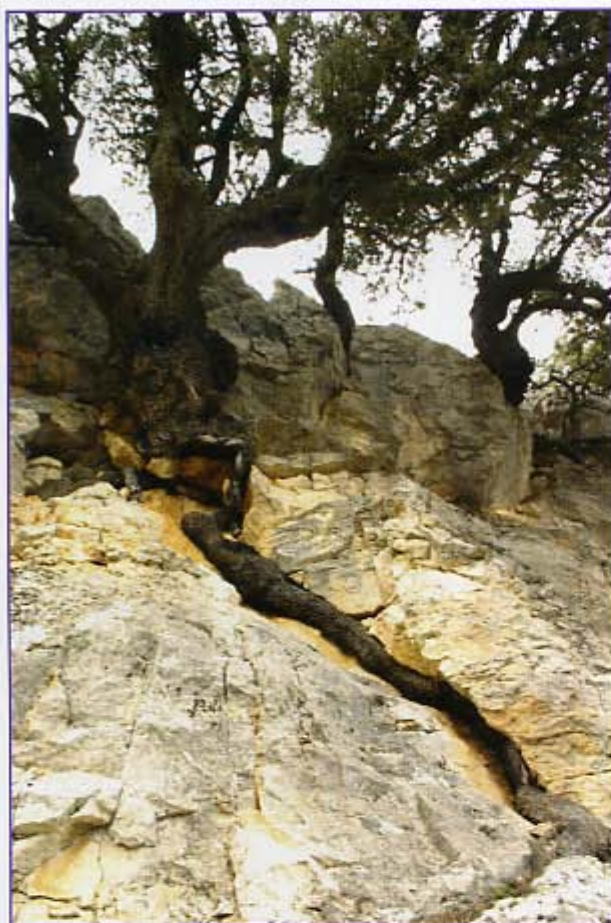




Además de alguna dehesa y de ciertos rodales singulares de gran valor biogeográfico (robles albares de Santa María del Espino), nuestros robledales ocupan muchos montes en la comarca. Podemos decir que estas masas forestales también forman parte del paisaje de la Tierra de Molina, aunque tengan menor representación que los pinares, encinares o sabinas, pero aquí las minorías también cuentan.

Hace algunos años, los servicios forestales de Guadalajara tuvieron la iniciativa de abordar ciertas mejoras en este tipo de montes (montes de Sigüenza), pero hubo desigual suerte para los intentos de conversiones a monte alto que se planificaron para algunos robledales de esta zona de Guadalajara.

Los robledales son masas forestales de enorme interés y desde muchos puntos de vista podríamos calificarlas incluso como nuestros mejores bosques, no sólo por su elevado nivel evolutivo en la sucesión vegetal, faceta ésta unida a la calidad de la estación donde habitan (suelos profundos, fertilidad, microclimas...), sino también por su importancia en el plano científico. La adaptación lograda por ciertas estirpes de estos robles molineses a uno de los climas más extremos que existen en España (clima continental extremo de los páramos ibéricos) constituye por sí mismo uno de los valores más importantes de este tipo de masas.

Una intrusión de cuarcitas y pizarras del lejano periodo geológico Ordovícico (500 millones de años) y Pérmico (280 millones de años) sirve a la Sierra de Aragoncillo y sus estribaciones para sustentar una masa forestal de robles

marojos y quejigos. Ésta se extiende desde Anquela del Ducado hasta el término de Rueda de la Sierra, ocupando cientos de hectáreas. Brezos, jaras y distintos tipos de arbustos contribuyen a un magnífico cuadro de biodiversidad forestal donde la fisonomía del robledal ha sido modelada por sus aprovechamientos ancestrales (leñas, ramoneo, carbón, ...) llegando a nosotros fundamentalmente en forma de monte bajo y medio, aunque también con árboles de notable porte. Este robledal se prolonga hacia el Este hasta confundirse con los pinares de la roca rodona de los términos de Rillo y Canales, en compañía de enebros, sabinas albares y encinas que terminan por completar este paisaje de la Sexma del Sabinar de Molina. Muchas de estas zonas han perdido su original monte alto de roble y la matorralización (jarales) impide el progreso de la sucesión vegetal, más aún si tienen que soportar el durísimo clima molinés. Por el contrario, se puede comprobar como algunos pinares asentados en buenos suelos de roca rodona, son sustituidos por un denso tapiz de matas de roble melojo tras cortas a matarrasa.

Este robledal, que ocupa entre otros, los Montes de Utilidad Pública de Guadalajara nº 189, 139 y 115, desafía al páramo y se torna en sabinar hacia el norte por terrenos calizos de Labros y Mochales siendo sucedido posteriormente, ya por Villed de Mesa hacia la Tierra de Calatayud, por un arbustado de sabinas, enebros y encinas (especies éstas muy avanzadas dentro de los niveles de sucesión vegetal). Otra extensa mancha de monte alto penetra hasta la raya de Soria en un interminable mar de sabinas.